



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12187

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 5 DE JUNIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette y en Oanmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

¡ALERTA!

Terminada la campaña del Africa del Sur, queda libre la Gran Bretaña de su principal preocupación; y aunque por el momento pondrá interés grandísimo en reponerse de sus pérdidas, lo dividirá entre este objeto y el de rehacerse de algún modo ante la opinión.

La paz ajustada con los boers no significa un triunfo para el imperialismo ansioso de dominación y no será extraño que para neutralizar el efecto que ha causado en Europa el vencimiento, no del pueblo inglés, sino de Salisbury y su lugarteniente, intentará una nueva aventura, tomando por objetivo á una de esas naciones moribundas que tanto han chasqueado á Chamberlain.

Comentando el suceso de la paz, y declarando que no es triunfo para el que aparece vencedor, en el papel, circula por los centros políticos franceses un rumor de muchísimo cuidado.

Dícese que el modo y forma de haberla provocado pone de manifiesto la debilidad de la nación inglesa; y bajo este supuesto, se deduce que la paz anglo-boer es el preludio de un nuevo conflicto entre la República vecina y la Gran Bretaña.

Será ó no será; pero nosotros tenemos que pensar en el primer supuesto, en el conflicto. Hay entre ambas naciones rencores antiguos, odios legendarios que se reavivieron cuando el suceso de Fashoda y como el pueblo francés no ha podido olvidar aquel fracaso, no es locura creer que anhele la revancha.

Y hay que pensar en que ese caso llegue ó en que surja otro análogo, porque nuestra situación no es de verdadera confianza.

No hemos de olvidar que tenemos aun algo que defender. Nos queda, entre otras posesiones, el archipiélago balear, que ha de ser por su posición en el Mediterráneo, punto que excite la codicia de los futuros combatientes, por lo que puede servir á sus escuadras. Además, si lo tenemos indefenso, sin barcos que lo guarden de cualquier agresión, pudiera acontecer que lo ocupara alguno á pretexto del peligro que le acarrearía el otro si hiciera lo mismo.

Y no tenemos sólo las islas adyacentes; tenemos también la casa solariega amenazada por el Sur y Poniente. La alianza de Inglaterra con Portugal no se comprende como no sea por los accidentes que pueden ocurrir y á los cuales no sea España agena con ó contra su voluntad.

Dado el caso de guerra entre Inglaterra y Francia, no podríamos permanecer con los brazos cruzados. En el caso de no tomar parte por ninguna y optar por ser meros espectadores del conflicto, tendríamos que serlo con el arma al brazo y la mecha preparada; que en las contiendas internacionales no se andan los poderosos con repulgos para lograr sus fines. Recuérdese le que hicieron los Estados Unidos con nosotros y lo que ha hecho Inglaterra con los boers.

La prensa de Madrid dedica especial atención a este asunto y dá la voz de alerta á los gobernantes.

A estos toca conjurar el peligro alejándolo por el único medio posible: por el de hacernos fuertes, no al estilo que hasta ahora hemos usado, recordando pasadas grande-

zas y evocando al general, No importa, sino adquiriendo cañones potentes y barcos de guerra.

Si en las contiendas que traigan los tiempos hemos de jugar un papel, no podemos prescindir de aquellos elementos.

Si no jugamos ninguno, tampoco podemos prescindir.

En uno y otro caso hemos de estar alerta para impedir que nos quiten lo nuestro.

TIJERETAZOS

Dice «El Ejército Español»:

«Se proclamó el estado de guerra en Badajoz; encargóse del mando el gobernador militar Sr. Serrano; y sucedió lo que tenía que suceder: que la población entró en caja ensanguada, se acabaron los desmanes y nadie pensó ya en hacer resistencia á la fuerza pública.»

Y añade luego el colega militar:

«Es preciso poner coto á esa especie de fiebre que en las autoridades civiles se ha desarrollado para echar el muerto á la autoridad militar, apenas se nota la menor alteración del orden público.»

A esa fiebre se le llama mieditis y no hay autoridad civil que no la padezca.

A ver si los gobernadores de altura que va á nombrar Moret, con sueldos altos, son de mejor clase.

La que se estila ahora ni da juego ni sabe imponerse ni va á ninguna parte.

Dice «El Nacional» que Inglaterra ha consentido una paz vergonzosa que dará un golpe terrible á su soberbia, declarando su impotencia ante los guerrilleros boers que durante más de dos años han combatido por la independencia.

No vale poner motes.

Además, la obra del Africa del Sur no es del pueblo inglés, que por medio de su prensa ha estado condenando los abusos y las crueldades de lord Kitchener.

La vergüenza—si la hay—no es para Inglaterra sino para Salisbury y su adyacente Mr. Chamberlain.

Merecida la tienen y quiera Dios que les dure un rato.

De aquí á que se mueran.

En Valencia ha sido silbada la procesión del Corpus por un grupo de anticlericales.

Cómo se propaga la teoría del ciudadano Nerón.

«Y muera el que no piense» etcétera, etcétera.

DESDE MADRID

Señor Director.

Muy señor mío: Se apagaron las luces de la iluminación, y el nuevo Rey debuta con una crisis.

Ya saben mis lectores—si es que todavía tengo alguno después de catorce años de lata—cuáles son mis opiniones políticas, es decir, que no tengo ninguna y que no estoy afiliado á ninguno de los partidos militantes.

Estoy plenamente persuadido de que la política moderna es esencialmente oportunista, y de que tener un criterio cerrado de escuela en todas las cuestiones es una insigne candidez; porque las sociedades, como el individuo, pasan por distintas fases, y así como hay quien unas veces este autómico y otras plético, los pueblos necesitan á veces acónito y en otras ocasiones reconstituyentes.

De forma que la política actual tiene que ser exclusivamente oportunista.

Todo aquello de la consecuencia política resulta hoy anodino, y los políticos han llegado á ser profesionales y, á semejanza de los actores, hacen unas veces el «Otelo» y otras «Dioses del Olimpo», según la composición y la preparación del público.

Hubo una época en que los Gobiernos dirigían la opinión, hoy tiene que limitarse á encauzarla, y por consecuencia, de mandantes—y perdonen ustedes la palabra—han llegado á ser mandentarios.

No es esto decir que los gobiernos sufran ni deban sufrir el mandato imperativo; pero necesitan subordinarse á las corrientes de opinión, que, á pesar de como

se hacen en España las elecciones, se manifiestan en el Parlamento y en la prensa.

Me parece que los anteriores párrafos demuestran una vez más el estado que tengo hecho del medio en que se desarrolla nuestra política, y que, al par que justifican mis pretensiones, prueban la modestia con que do cuando en cuando me administro un autobombo.

Las corrientes hoy son liberales y demócraticas; el Rey dirige un autógrafa á los chicos de la prensa; los grandes de España tienen fábricas y se ocupan de industrias; los industriales son concejales y diputados; los obreros, con sus sociedades y su organización, se imponen; y si resucitaran don Pedro el Cruel y Felipe II, les darían cada pita en la Puerta del Sol, que me río yo de los peces de colores.

Los conservadores de hoy son mucho más demagogos que los progresistas de 1850, y todos los que se ocupan de política encuentran que lo que se llamaba consecuencia resulta una detestable tontería.

Hay que echar á los Reyes y traerlos y perseguir la Internacional y fomentarla, y estar hoy con Pedro y mañana con Diego, y no tener más ideal que salir del día.

Eso lo saben todos, lo practican la mayor parte, pero muy pocos tienen el valor de confesarlo.

La catástrofe de la Martinita, lo ocurrido en Guatemala y los fenómenos que se observan en muchos puntos del planeta, á todo hombre pensador le hacen acordarse una vez más de las fuerzas de la naturaleza y convencen de que toda su soberbia de civilización y toda su ciencia matemática y cósmica representa al lado de la creación, tanto como representa en altura, un grano de mostaza en la falda del Himalaya.

Por algo Dios escribió la palabra vanidad con el polvo de los imperios y de los cráneos de los sabios.

Me alegraré que al recibo de estas cortas letras se encuentren ustedes en el planeta con salud que yo para mí deseo, y que no se repitan aquí los fenómenos de otras localidades.

Y como las materias tratadas son de tal importancia y la competencia con que las he tratado tan exquisita no crean usted-



Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.



61

SIGAMOSLE!

Después, de pronto, las nubes empujadas por un viento impetuoso empezaron á fragmentarse rápidamente, esparciéndose por el cielo. Un segundo relámpago iluminó siniestramente las nubes gigantes, y pareció que descendían sobre la tierra sombras flameantes.

Sobre el Gólgota reinaba un silencio de muerte; y cuando volvieron á resonar los espantosos aullidos, quedaron cubiertos por el bafar del viento impetuoso que arrebatava la ropa á la gente. Del cielo surgieron de improviso algunos resplandores de luz blanquecina, que iluminaron sinigramente la altura del Gólgota; las crubes y los lividos rostros de los crucificados. Entonces se vió que el Nazareno había inclinado la cabeza sobre el pecho con triste abandono; tenía el rostro blanco como la cera, los párpados cerrados, los labios lividos.

—¡He muerto!—murmuró Antea.

—¡Si... ha muerto!—repitió Cinda.

El centurión asestó una lanzada en un costado del Nazareno, y la plebe, reanimada por la vuelta de la luz, se arremolinaba al pie de la cruz, gritaba al Nazareno ya muerto, á modo de burla:

—¡Baja de la cruz, baja, ahora si puedes, Hijo de Dios!

Antea, mientras fijaba una mirada dolerosa en la

VIII



Tampoco al siguiente día compareció el espectro á turbar el espíritu de Antea. Timo, que estaba en pena por la vida de su hija, sobresaltado por las tristes noticias que corrían acerca de su salud, fué á Jerusalén, porque antes de morir quería ver á los suyos.

Cinna, ahora, abría su corazón á nuevas esperanzas, pero sin ilusionarse demasiado; los buenos sinto-